



Capítulo 463: Escudero fiel

El bosque parecía más tranquilo ahora.

Vergil siguió adelante con pasos lentos y constantes. Sus ojos lo absorbieron todo, pero sin prisas. Su expresión era tan neutra como el mármol, imposible de leer. Sobre su hombro, Zuri, en forma de serpiente, se enroscó, su cuerpo se relajó pero sus ojos estaban alerta.

Detrás, caminando unos metros, llegó Rize—elegante, casi bailando entre las ramas retorcidas y la espesa niebla. Sus pasos no hicieron ningún sonido. Cada vez que miraba a Virgilio, sus ojos brillaban con un brillo casi... reverente.

Zuri enroscó su cuerpo un poco más alrededor de su cuello y luego habló, sin intentar ocultar la preocupación en su tono:

"¿Estás seguro... podemos dejarlo así?"

Virgilio giró ligeramente la cabeza y levantó la ceja. "Ce?"

Zuri dejó escapar una respiración corta y aguda. "¿No crees... que has creado un problema?"

Volvió a caminar, como si la pregunta no tuviera peso. Pero ella respondió de todos modos.

"Ce problemă?" Zuri, con los ojos entrecerrados, miró desde Vergil hasta Rize —que en ese momento estaba mirando un musgo que brillaba con un color extraño— y sonrió al verlo.



"Vergil... realmente no te das cuenta de las cosas, ¿verdad?"

Él la miró de reojo y luego a Rize— quien, al darse cuenta de que ambos estaban hablando de ella, levantó la cabeza con una sonrisa radiante.

Habló con una dulzura tan aguda como la seda: "Con tu permiso, maestro... me gustaría decirte que eres perfecto. Nunca cambies."

Zuri se retorció, murmurando algo en voz baja como: "Dios mío... qué hermoso infierno."

La serpiente sobre sus hombros golpeó la punta de su cola contra el manto de Virgilio, como si intentara llamar su atención con fuerza.

"Eso. Es. El. Problema," dijo, cada palabra más firme que la anterior. "Ella te adora. Ciegamente. Y parece que lo disfrutas."

Vergil respondió sin emociones: "Ella es leal."

"¡No!" Zuri se levantó más alto, con su rostro ahora cerca del de él. "Esto va más allá de la lealtad. Ella no es tu aliada. Ella no es tu seguidora. Ella es un satélite que te rodea como si fueras la única estrella de su universo. Esto..." hizo un gesto con la cola, "...esto es peligroso."

"¿A quién?" Vergil preguntó con la voz baja.

Zuri lo miró seriamente. "A ella. Para ti. A lo que podrías llegar a ser si esto continúa escalando en la dirección equivocada."



Virgilio hizo una pausa.

El sonido del bosque cesó por un momento. Como si todo estuviera esperando su respuesta.

Miró a Rize, que estaba unos pasos detrás, observándolos con ojos amplios y esperanzados.

"Hablas como si ella fuera débil", dijo, volviéndose hacia Zuri.

"Hablo como si estuviera viva", replicó Zuri. "Ella no nació adorándote. Fue... absorbido. Desarrollado. Pero es algo que puede romperse."

Virgilio pareció reflexionar. Pasaron largos segundos.

Rize, en silencio, dio entonces un paso adelante. "Maestro... ¿puedo decir algo?"

Vergil asintió.

Ella se acercó un poco más, con los ojos bajos.

"Entiendo la preocupación de Lady Zuri", dijo sinceramente, sin sarcasmo. "Pero no estoy atado a ti. Yo... elegí al Maestro, así que por favor permanece en silencio y simplemente ignórame. Después de todo, el único molesto aquí que podía hablar era mi Maestro. Él no está aquí. Así que cállate." La mirada de Rize casi se traga la pequeña serpiente.

Zuri dejó de moverse.



Por un momento, el silencio fue tan denso que pareció pesar las ramas de los árboles negros circundantes.

La pequeña serpiente alrededor del cuello de Virgilio levantó lentamente la cabeza. Los ojos, antes simplemente vigilantes, ahora ardían con algo más cercano a la furia.

"Repite eso, lentamente," Zuri silbó, su tono tan frío como una espada sumergida en veneno. "Porque la primera vez parecía que olvidaste con quién estabas hablando."

Rize no retrocedió. En lugar de eso, dio otro paso adelante, con el cuerpo erecto y los ojos brillantes. La niebla se curvaba ligeramente a su alrededor como si reconociera su firmeza.



"No me malinterpretes, Lady Zuri. Te respeto," dijo ella, su voz todavía suave, pero firme como una roca. "Pero no te respondo. Yo soy creación de mi amo, y fue a él a quien le di mi lealtad. No a la sombra sobre sus hombros."

Zuri apretó los dientes. Pequeñas chispas lilas brillaban alrededor de sus ojos de reptil. Pero Virgilio levantó lentamente una mano, un gesto que decía más que cualquier palabra: Basta.

Los dos guardaron silencio.

Vergil, todavía de pie en el centro entre ellos, giró la cabeza y miró primero a Zuri y luego a Rize. No hubo enojo. No es ninguna sorpresa. Sólo ese silencio suyo—agudo, absoluto, que siempre venía antes de algo importante.



"Zuri," comenzó con la voz baja y sin juzgar. "Has estado conmigo durante mucho tiempo. Has visto lo que les sucede a los débiles en este mundo. Incluyéndome a mí."

Zuri no respondió. Su cuerpo, previamente tenso, todavía estaba erecto, pero ella esperó.

"Y Rize no es débil."

Rize sonrió, incluso sin mirarlo directamente. Pero Vergil continuó:

"Sin embargo..." volvió sus ojos dorados hacia la araña, "...eso no te da licencia para escupir en mi cuerpo. Y Zuri es parte de mi marco."

Rize inclinó la cabeza asintiendo, sin discutir. "Sí, maestro. Lo siento."

Zuri resopló, pero ahora con un poco menos de veneno en su tono.

Luego, Virgilio cruzó los brazos y volvió a caminar, con su capa ondeando con un movimiento casi hipnótico. Zuri se deslizó de regreso a su lugar sobre sus hombros, pero aún así le dio a Rize una última mirada fulminante antes de acurrucarse nuevamente.

Rize lo siguió como siempre. Pero ahora... había una diferencia en el aire. Algo afilado. Una especie de tensión que no surgió de una rivalidad ordinaria, sino de ideologías incompatibles que intentaban coexistir bajo el mismo nombre: Virgilio.

Pasaron unos minutos.



El sonido del bosque, hasta entonces ausente, comenzó a regresar de manera extraña —no como música natural, sino como algo... distorsionado. Susurros en las ramas. El crujido de las raíces que se mueven bajo tierra. El bosque observó. Escuchó.

Virgilio se detuvo frente a un árbol que parecía haberse retorcido a su alrededor, como si luchara por existir.

"Todavía nos siguen", dijo con calma, como si hablara del tiempo.

Zuri silbó con cautela.

"Parece que destruir su Ozob la ha puesto bastante nerviosa", respondió Vergil, con una ligera mueca irónica. "¿Qué tal... la asustamos?"



Rize miró por encima del hombro y sus ojos se estrecharon. Algo se movía en las sombras. Algo que caminaba silenciosamente, pero que pesaba mucho sobre el mundo como una presencia que no pertenecía.

Virgilio todavía estaba mirando el árbol retorcido que tenía delante, pero su voz fue dirigida hacia atrás, clara como el acero frío que se extraía de su vaina.

"Rize," ordenó, sin siquiera darse la vuelta. "Asusta a nuestra pequeña hada espía."

Las cejas serpentinas de Zuri se arquearon, casi sorprendidas. "¿En serio?" Él silbó. "¿Vas a dejarla ir?"



Pero Rize ya se había inclinado, con una elegante reverencia, un brazo cruzado sobre su pecho y el otro extendido ligeramente hacia un lado, como una bailarina a punto de abrir el espectáculo.

"Como deseas, maestro," respondió con una suave sonrisa en los labios. "Vuelvo enseguida."

En un instante, ella desapareció.

No hubo ningún sonido. No hubo temblor. Sólo una ausencia repentina. Como si el espacio en el que se encontraba se hubiera arrepentido de haberla protegido y la hubiera devuelto al caos que la había formado.

Virgilio permaneció donde estaba, con la mirada fija en el bosque que tenía delante. El aire parecía volverse más pesado al segundo. Zuri se quedó quieto, pero no relajado. Ella sintió —como sólo una criatura de intuición serpentina podría sentir— que lo que vendría sería... incómodo.



Y así fue.

Pasaron unos minutos, o quizás segundos, alargados por la densidad del silencio.

Y entonces, como un crujido en realidad, surgió el sonido: el crujido repentino de un árbol rompiéndose, ramas volando, un grito ahogado y un silbido como una llama encendiéndose en el vacío.

Vergil giró la cara justo cuando Rize emergió de la niebla.



Ella no estaba caminando. Flotó a centímetros del suelo, con las piernas extendidas con gracia, como si cada paso fuera una declaración silenciosa de supremacía. Pero lo que realmente captó su mirada... fue lo que ella llevaba consigo.

Rize mantuvo Titania. Por el ala.

No brutalmente. Ella no la había desgarrado ni herido. Pero había una firmeza quirúrgica en su gesto —como alguien que sostiene un fragmento de porcelana, extremadamente valioso pero demasiado frágil para ser respetado.

El hada luchó, agitando los brazos y pateó como un niño suspendido en el aire por una oreja. Su cabello flotaba como luz líquida y pequeñas chispas de magia se le escapaban mientras se retorcía.

"¡DÉJALO IR! ¡DESTROYSTE A SPIDER! ¡NO TIENES IDEA DE QUIÉN SOY!" Titania gritó, su voz aguda reverberaba casi cómicamente entre los árboles muertos. "¡SOY UNA REINA! ¡UNA DIOSA HADA! UN GUERRERO LEGENDARIO—"

"Sí, por supuesto", interrumpió Rize con calma, mirando a Virgilio mientras aún sostenía al hada por los hilos de luz que formaban la base de su ala derecha. "Encontré a nuestro perseguidor escondido dentro de un tronco hueco a cincuenta metros de distancia. Estaba tratando de enmascarar su firma mágica con la esencia de hojas muertas. Muy inteligente."

Virgilio extendió la mano sin siquiera mirar atrás.

Rize, con una elegancia inhumana, obedeció de inmediato. Con un movimiento delicado y firme, cogió a Titania por la cintura como si fuera una muñeca irritante y la colocó en la palma abierta de su amo.



El hada se retorció furiosamente, sus ojos ardían de indignación y su rostro se sonrojaba de rabia.

"¡TÚ, BASTARDO!"

"Cállate", espetó Vergil, con una voz tan fría y aguda que parecía congelar el aire. "Antes de que te arranque las alas y te las meta por la garganta. Vamos. Onward."

"¡NO LO HARÉ!"

Virgilio no esperó. Su mirada se estrechó y la presión mágica a su alrededor aumentó como una marea silenciosa y opresiva.

"Te mataré si sigues siguiéndome. Así que... vendrás conmigo. Vivo."

Titania se congeló. Un escalofrío recorrió su columna vertebral. No fue una amenaza pronunciada por capricho. Era una frase. Y Vergil no era conocido por decir nada que no tuviera intención de cumplir.

Ella tragó. Ella cruzó los brazos. Murmuró algo indescifrable. Y se quedó en silencio.

Vergil la sostuvo sólo por un segundo más antes de simplemente dejarla caer al suelo, como si descartara un objeto incómodo, y se giró para continuar caminando.

Pero antes de dar el primer paso, su mano descansaba sobre el cabello de Rize.



"Buen trabajo."

Sus dedos recorrieron suavemente sus hebras, breves, pero con una ternura poco común en él. Fue un gesto sencillo. Casi insignificante. Pero viendo de Virgilio... fue como si el mundo se hubiera detenido un momento a mirar.

Rize se congeló. Y luego sonrió.

Una sonrisa dulce, genuina, casi infantil. Sus ojos brillaban como si fueran la única fuente de luz en el bosque opaco y opresivo. Y por un momento —un momento breve y puro— todo en ella pareció decir:

"Haría cualquier cosa por este momento."

